

## PRELIMINARES

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

## QUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA SANTA CRUZ CONSIDERADA COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

*Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

Léjos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Ad Galat. cap. VI, v. 14.

1 CUANDO la fama, hermanos míos, había ya conducido á mí prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios había suscitado muy especialmente para la conversión de los gentiles; cuando la presencia de Pablo ponía la celosa envidia en el ánimo de los judíos y las mas terribles alarmas en el corazón de los gentiles, porque aquella presencia traía consigo la representación tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad: se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria. “Léjos de mí, decía, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios me ha enviado, escribía también á los fieles de Corinto, á predicar el Evangelio, sin valerme para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz de Jesucristo. (I Cor. I, 17.) El Santo apóstol, hijos míos, no quería dar un solo paso sino llevando la Cruz delante de sí, ni pronunciar una palabra sola, sino á fin de que en ella y por ella fuese bendecida, y honrada, y glorificada esta señal sublime de nuestra redención: porque “la palabra de la Cruz que aparece como una necesidad á los ojos de quienes se pierden, viene á ser para los que se salvan, continuaba diciendo, es decir para nosotros, el poder y la sabiduría de Dios.” (V 18.) Hé aquí la razón porque el Apóstol no quería gloriarse en otra cosa, y por qué cada uno de nosotros, á ejemplo suyo, debemos decir continuamente con la palabra y con las obras: “léjos de mí el gloriarme sino en la

Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. *Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

2. Pero ¿cuál será, decídmelo, la causa ó el secreto principio de esta consagración tan absoluta del Apóstol al sagrado madero de la Cruz? La misma, hermanos míos, que tiene el soldado invencible, inspirado por el honor y por la gloria, para rendir los homenajes mas grandes y mas dignos á las banderas que le conducen al combate y á la victoria. Soldados de Jesucristo, la Cruz es nuestra señal y nuestra bandera, y en ella honramos y damos gloria á ese Rei Supremo, que muriendo sobre la Cruz, triunfó de la muerte, salvó á la humanidad y encadenó al pie de este signo sagrado á todos los enemigos de su reino.

3. ¿Qué asunto pues mas importante, hermanos míos, pudiera yo elegir para vuestra propia edificación, que el llamar vuestro entendimiento y vuestra voluntad hácia la contemplación y culto de este signo misterioso? Como que él es vuestra enseña, vuestra guía y vuestro apoyo, tiene relaciones íntimas y esenciales con vuestro pensamiento, vuestra voluntad y vuestra conducta. Descubrir y fijar estas relaciones; hé aquí la obligación que hoy me impone mi santo ministerio: pensar, sentir y obrar segun ellas; hé aquí los preciosos frutos que debéis sacar vosotros de la palabra divina. Para lo primero, necesitáis instrucciones, para lo segundo vuestra voluntad exige sentimientos, para lo tercero, vuestra conducta ha menester de reglas. Es mi ánimo, por lo mismo, proveeros hoy competentemente de todo, considerando la Santa Cruz: primero en las instrucciones que contiene; segundo, en los sentimientos que inspira; tercero y último, en la conducta que prescribe.

### I.

4. Considerada la Cruz en sí misma, fué antes de Jesucristo un instrumento de que se servían las autoridades para dar muerte á los malhechores, fué una especie de patíbulo ó suplicio. Con este mismo carácter la emplearon los judíos cuando ya resolvieron el dar muerte á nuestro Redentor, y por esto los dos ladrones que juntamente con su Divina Majestad fueron ejecutados, murieron también cada uno de ellos en su respectiva cruz. Pero desde el instante mismo en que el Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor fué clavado en ella, cambió, amados hijos, enteramente su significado y su destino, pasando á ser trono en vez de cadalso, fuerza en vez de debilidad, luz en lugar de tinieblas, honor en lugar de infamia, bandera de triunfo en lugar de signo de muerte, objeto anhelado por todos en lugar de signo afrentoso de que todos huían, monumento de una regeneración sublime, egida poderosa de la virtud, terror de sus enemigos y precursora de la inmortalidad. ¡Y todo esto por qué, hermanos míos! Porque es figura de Jesucristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.

5. ¡Ah! mi alma se siente profundamente conmovida, cuando retrocediendo con su meditación hasta el triste y glorioso día en que comenzó á tener una historia de resurrección y de vida este instrumento de muerte, se detiene allí á contemplar la Cruz, y desde allí parte considerándola en su vasta carrera, y acompañándola hasta el presen-

te día. Cuando yo hubiere sido exaltado de la tierra, decía Jesucristo, lo he de atraer todo hácia á mí. <sup>1</sup> Dijo, murió en la Cruz: y ¡qué veis desde entónces, amados hijos, sino la sorprendente y magnífica puntualidad de esta cita profética! Las generaciones y los siglos parecieron apresurarse con inaudita espontaneidad á obedecer este precepto soberano. Un soldado que estaba allí presente exclamó, á la vista de Jesucristo muerto: *Verdaderamente este era hijo de Dios.* <sup>2</sup> Esperad un tanto y ya veréis cómo el eco del centurion, mui pronto se reprodujo en el corazón de los pueblos, para dar á la Cruz del Salvador el testimonio mas brillante de su poder. Apénas los apóstoles empiezan á pasear, digámoslo así, la sagrada insignia del Calvario, y ya los pueblos caen á sus piés. Alármense los príncipes, como estaba escrito, (Ps, II, 2.) y en odio del Crucificado se rennen todos para estirpar hasta sus últimas memorias. Fuego y sangre decretan contra la nueva familia: por tres siglos tuvieron levantado su brazo sacrilego: á millares perecen las víctimas; pero esta sangre preciosa, vertida en la defensa de la Cruz, burlaba mas y mas, como también estaba escrito, (V 4.) el furor de los magnates, porque «la sangre de los mártires, dice un padre de la Iglesia se convertía en una semilla de cristianos.» La saña de los perseguidores no deponía su furor; pero la Cruz parecía multiplicar, como las estrellas del cielo, los adoradores en espíritu y en verdad; y despues de haber rendido á los pueblos, rindió á los reyes, viniendo á encontrar su trono en la corona de Constantino. ¡Y todo esto por qué, hermanos míos! *Por que es figura de Cristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella.*

6. Desde entónces todo fué para la Cruz una carrera de victorias: no pasaba un año sin que la dejase un ilustre trofeo; no pasaba un siglo sin que la colocara en las páginas de la historia como el origen de nuevas conquistas. Arruínanse los templos del paganismo, levántanse aquí y allá soberbias basílicas en honor de Jesucristo á expensas de los potentados del mundo, y estos nobles santuarios elevan prodigiosamente sus cúpulas para encumbrar hasta las primeras alturas el signo sublime de nuestra redención. Desenvuélvese rápidamente la civilización de los pueblos, llevando siempre delante de sí la sagrada Señal, poniéndola igualmente en los palacios y en las chozas, en las escuelas del genio, en los talleres de las artes y sobre esos aparatos magníficos que surcando las mares estrechan las naciones, esparciéndola por las aldeas, colocándola en los caminos y asentándola sobre las altas montañas. La Cruz vino á ser el signo de la civilización, y para encontrar los asilos de la barbarie, bastaba descubrir algunas regiones donde no estuviese puesta una Cruz. La Cruz iba delante de los ejércitos innumerables, volvía exaltada entre los conciertos de la victoria, venía formando la divisa de honor, y cuenta ya muchos siglos de ser la mas insigne y gloriosa recompensa y el mas estimable obsequio en los Estados mas cultos de la Europa: ha sido exaltada por el genio de las artes, y ha llevado las primicias en la voz de los poetas. Y todo esto ¡por qué, hermanos míos! *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

<sup>1</sup> Joann. cap. XII, v. 32.

<sup>2</sup> Math. cap. XXVII, v. 54.

7. «¡Qué mucho, sacro y augusto madero, que la Iglesia te encumbra en sus cónicos hasta la altura de la gloria, cuando tienes el rango de la nobleza entre todos los árboles, cuando has merecido que de ti penda el precio del mundo con la Gran Víctima, cuando ungida, por último, con la divina Sangre del Cordero, has venido á ser la arca y el puerto para el mundo todo que iba á naufragar! <sup>1</sup> Estas son, hermanos é hijos carísimos, las primeras instrucciones que nos da con sola su presencia y sus recuerdos la Cruz del Salvador. ¡Cuán grande es nuestra dicha, de que sea ella nuestra señal, nuestro apoyo y nuestra esperanza! Cuán alta parece á mis ojos nuestra nobleza cuando veo que á tanto se ha extendido la munificencia del Señor, que nos ha permitido y aun mandado por su Iglesia formarla con dos de nuestros dedos, para que esté siempre pendiente de nuestra voluntad, y nos acuda con el socorro en las mas grandes necesidades y los peligros mas terribles de la vida! Pero al mismo tiempo, católicos, ¡qué esmerada y exquisita, cuán reverente y atenta debe ser vuestra solicitud al formar con vuestros dedos, llevar á vuestra frente, traer á vuestros labios y conducir hasta vuestros pechos este sagrado signo! Cuando extendiendo vuestras manos, y haciéndolas pasar primero desde la frente hasta la cintura y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, para encerrar en una grande cruz las tres pequeñas de que acabo de hablaros, ¡quién de vosotros, decídme, podrá ya en adelante mantenerse frio é indiferente, si al formar esas tres pequeñas cruces, que es lo que quiere decir *perseñarse*, ó la Cruz mas grande, lo que damos á entender con la palabra *santiguarse*, considera detenida y atentamente la magnífica representacion del signo, y las innumerables gracias y bienes infinitos unidos á su empleo! Pero si esto no basta, atended aun, pues voi á haceros nuevas revelaciones: voi á manifestaros la intencion que debéis tener en el uso de la Cruz, haciéndoos ver los bienes que pedís y los misterios que profesáis.

8. Todas las necesidades que pueden referirse á nuestra vida moral están cubiertas con el uso que hacemos de la Santa Cruz, como vais á verlo. Al formar la primera cruz sobre nuestra frente, decimos estas palabras: *Por la señal de la Santa Cruz:* al formarnos la segunda sobre nuestros labios, decimos estas otras: *de nuestros enemigos:* al formar la tercera sobre nuestro pecho, pronunciamos estas otras: *libranos Señor Dios nuestro:* y al formar la cruz mayor con que nos santiguamos, invocamos á toda la Trinidad Augusta, pues poniendo nuestra mano derecha sobre la frente, decimos: *En el nombre del Padre,* poniéndola sobre la cintura, decimos: *y del Hijo,* y trayéndola del hombro izquierdo al derecho, decimos: *y del Espíritu Santo.*

9. Ahora bien, hermanos míos, despues de habernos asegurado mediante el uso de la Cruz con el poder de la divinidad y con el de la humanidad santa de Nuestro Señor Jesucristo, ¡qué podríamos temer! Cerradas quedan para todos nuestros enemigos las avenidas todas de nuestra alma. Bien sabéis que á ésta no pueden entrar aquellos sino por una de tres puertas, digámoslo así; ó por la puerta del pensamiento, ó por la puerta de la palabra, ó por la puerta de la accion. La alma es una, simple, indivisible; pero su comercio con el mundo exterior se abre por los sentidos, como el de un Estado

<sup>1</sup> Véase el himno *Vaxilla regis prodeunt*

por sus respectivos puertos. Mientras vive en este mundo, se afecta y obra por los sentidos; mientras vive en este mundo pelea con sus adversarios; mientras vive pues en este mundo debe estar siempre vigilante sobre sus sentidos, para no ser invadida por esa multitud inmensa de contrarios que de continuo la asaltan, turban y persiguen: ¿Y cuál será la arma poderosa á que haya de recurrir, para luchar con ellos continuamente sin ser nunca derrotada? La Santa Cruz. Pues ¿qué! *la Cruz tiene virtud para librarnos de ellos?* No lo dudéis, católicos, tiene virtud y muy grande; pues desde que Jesucristo murió en la Cruz, todos vivimos en ella, nadie vive sino por ella; y al contrario, muere infaliblemente el que no cuenta con ella; porque, lo digo y lo repetiré mil veces, con ella y solo con ella podremos infaliblemente triunfar de nuestros enemigos. ¿Por qué? *Por haberlos vencido Jesucristo nuestro Señor con su muerte en ella.*

10. Conocéis pues, hermanos míos, las necesidades de vuestra alma, reducidas á una fuerza competente para triunfar de vuestros enemigos; conocéis la virtud omnímoda y suprema de la Cruz; sabéis que el pensamiento, la palabra y la acción resumen todos los objetos del combate; sabéis que en estas tres líneas el alma está afectada y obra por los sentidos: sabed ahora, que en los sentidos están íntegramente representados tres objetos, pues en la frente se representa el pensamiento; en los labios la palabra, y en el pecho las acciones. Sellad pues estas tres puertas representativas, y tendréis bien segura, no lo dudéis, la bella Jerusalem de vuestra alma. Nos signamos, pues, en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos; nos signamos en los labios, para que nos libre Dios de las malas palabras, y nos signamos en el pecho para que nos libre Dios de las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra; el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la union y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo pues todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la Persona de Jesucristo, concluiremos la grande obra encerrando en una gran cruz las tres pequeñas cruces, esto es, cubriéndonos con la Encarnacion del Divino Verbo en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicacion, que voi á hacer desde luego, pues que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicacion continua de la Cruz.

11. "Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *el de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacemos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo, *en el nombre* (lo cual manifiesta la unidad de Dios) *del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas; por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos*, abraza todas las tres con que nos *signamos ó persignamos*; por que, siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas: *el de la Encarnacion*, en el hecho mismo, pues confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvacion eterna; *el de la Pasion*, en la accion de hacer la Cruz, por que en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo Crucificado; *el de la Redencion*, en la misma cruz que

formamos; pues este Hijo, que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado: *y el de la Resurreccion*, en llevar la mano desde el hombro izquierdo, al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia figurado en el derecho, concediéndonos el Señor facultad para que pasemos desde el lado de los malos al de los buenos."<sup>1</sup>

12. La última instruccion que me propongo daros mira, hermanos míos, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad, os diré, que son cinco los mas principales: alistarnos bajo la bandera de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del Demonio, y tambien del mundo y de la carne, auventar los espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles, y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

13. Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser estériles, hijos míos, si á lo que el entendimiento concibe no está continuamente unido lo que siente el corazon. No basta pues hablaros de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz, porque él es práctico, fecundo, santificante: ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña."

## II.

14. Imaginad, hermanos ó hijos carísimos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el orden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, resume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalem antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo Templo se despedazan; alzanse las soberbias basílicas que denuncian al orbe el reinado del Redentor; y el Redentor del mundo se presenta, entre los éxtasis de los ángeles y las adoraciones de los hombres, no ya como un delincuente que espira en un patíbulo, sino como el Rei eterno que domina desde el sacro Madero: *regnavit a ligno Deus*.

15. Podéis considerar esta santa señal: primero relativamente á Jesucristo que la divinizó; segundo respecto de vosotros á quienes purifica y al mismo tiempo sostiene; tercero, en orden al mundo, que no vive para la felicidad, sino precisamente por la Cruz; y esta triple consideracion, hermanos míos, abre tres espaciosos senderos al indefinido curso de vuestros sentimientos cristianos, dando al corazon por morada la ciudad santa del amor divino, aun durante su mansion en la tierra.

<sup>1</sup> Catecismo de Astete y Ripalda.

16. Considerada bajo el primero de estos tres aspectos la Santa Cruz, nos engolfía todos en un piélago de amor; *porque es figura de Cristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella.* En efecto, hermanos míos, la Santa Cruz es el soberano resumen de la pasión del Señor. Nos es imposible verla sin trasladarnos al Calvario, sin andar con los recuerdos y un corazón reconocido las calles de Jerusalem por donde la llevó sobre sus hombros el mismo Jesucristo. Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento, creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la Víctima, presenciar el insolente clamoreo de las turbas que se revelaban contra su Salvador divino, contrastando con la paciencia sublime del Hombre Dios presto á morir; oír aquella dulce plegaria que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; sentir el tránsito á la inmortalidad otorgado espontáneamente á la suplicante voz de un ladrón arrepentido. Nuestro espíritu se rinde á la admiración al contemplar la consumación de la grande obra, y nuestro ojos se llenan de lágrimas al ver entregado al Padre el espíritu de Aquel que es desde la eternidad, que se hizo hombre para poder morir por nosotros, y que muriendo, como canta la Iglesia, destruyó nuestra muerte para reparar luego nuestra vida con su resurrección gloriosa: *qui mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit.* He aquí, hermanos míos, el primer orden de sentimientos que nos inspira el misterio de la Cruz, este misterio que incorpora nuestras lágrimas en el reino de los cielos, santificando la tribulación, elevando el dolor al rango de la felicidad, y haciéndonos despreciar la muerte ante la imagen siempre viva de un reino que no acabará jamás, para el cual hemos sido creados, y en el cual viviremos por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor que la ha comunicado un valor infinito con su muerte en ella.

17. Considerada la Cruz relativamente á nosotros, que somos cristianos, se nos presenta naturalmente como la compañera inseparable de toda nuestra vida: durmió con nosotros el sueño de la infancia; entrará con nosotros en la carrera del sepulcro. Este signo sagrado fué el dulce objeto de las primeras conversaciones que tuvimos con los autores de nuestros días: nuestra madre nos persignaba en la cuna, y parecía imprimirnos ese carácter de la educación religiosa que suele salvar al hombre en la borrasca de las pasiones. La Cruz se nos representaba siempre en el hogar doméstico, nos tenía pendientes de las alturas de nuestros templos; se nos hacía presente en todas partes, en las ciudades lo mismo que en las aldeas, y no la hemos perdido de vista en todo el curso de nuestra vida sino solo en aquellos momentos desgraciados en que nos hallamos fuera de nosotros. La Cruz viene á consolarnos en medio de los trabajos, subrogándose en lugar de ellos y haciéndonos socios de Jesucristo en su pasión. ¡Qué mas os diré? Nada, sino solo producir en vosotros un recuerdo, el de aquellos sentimientos inexplicables que experimentáis á la vista de un Crucifijo en el silencio de las pasiones, en la soledad de la conciencia, cuando os encontráis solos con vuestra iniquidad, vuestra esperanza y vuestra religión, sorprendidos por el desengaño y vencidos ante Dios por el arrepentimiento. La Cruz entonces os consuela, os exhorta, os fortalece, os habla un idioma que no se parece á ninguna lengua, un idioma que excede á todos los libros, un idioma que encadena las pasiones y vence el corazón para el cielo. Nace de aquí un

segundo orden de sentimientos: la resignación, la confianza, y sobre todo, el amor á la Cruz. Nada tienen ya de áspero é insoportable los deberes y los trabajos, y basta al hombre sentir como debe, para experimentar los efectos magníficos de la convicción sobre la verdad con que Jesucristo dejó dicho: *Mi yugo es suave y mi carga es ligera.*

18. Considerada la Cruz relativamente al gran cuerpo de los pueblos y á los destinos de todo el género humano, ella está sobre la portada de la Historia para recibir todos los tributos de admiración, de reconocimiento y de sumisión. A ella nos convertimos cuando, á la vista de esta inmensa transformación que ha sufrido todo el universo moral, andamos en busca de la causa ó gran principio del nuevo reino de Jesucristo. ¡Queréis, hermanos míos, saber el *porqué* de esas verdades celestiales difundidas por todos los pueblos, constantemente profesadas por todas las generaciones? Preguntado á la Cruz. ¡Queréis que os conduzca por el sendero de todas las tradiciones hasta el nacimiento de todas esas virtudes que forman el tesoro de la Iglesia santa y la suprema gloria del mundo católico? Yo os conduciré á la montaña donde la Cruz se inauguró como trono del nuevo Rei, pasando de la infamia de un patíbulo á la gloria de un instrumento de vida, de un puerto de salvación. ¿Por qué esos establecimientos innumerables consagrados al ejercicio de la abnegación cristiana? Por la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué esos asilos que tiene abiertos la caridad á la infancia abandonada, á la vejez impotente, á la humanidad herida por el dolor, á todos los que padecen, á todos los que lloran? Por la Cruz de Jesucristo. En fin, hermanos míos, donde veais enjugada una lágrima, encontraréis una Cruz; donde veais curadas las heridas del cuerpo y las todavía mas terribles heridas del alma, encontraréis la Cruz; donde veais crecer, desarrollarse y llegar á su perfección las insignias virtudes, encontraréis la Cruz; así comprenderéis cómo la santa Cruz no solo encierra instrucciones profundas y verdades divinas para el entendimiento, sino que comprende tambien el manantial inagotable de las mas altas virtudes, de los afectos mas puros, de los sentimientos mas elevados para el corazón. ¡Cuál debe ser pues vuestra conducta, hermanos míos, para con esta insignia divina? ¡cuánta grande vuestra solicitud sobre los deberes sublimes que os impone! He aquí lo que tenia reservado para cerrar esta santa instrucción acerca de la insignia y señal del cristiano.

### III.

19. Los deberes que nacen, amados hijos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razon del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos, en fin, y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el orden de nuestra razon, en el orden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

20. San Pablo decía frecuentemente: *Yo no quiero saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.* ¡Sublime lección, que nos da el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la

Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduría de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razón á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo la bandera de los sencillos y pequeños, para que se nos comuniquen los profundos y sublimes dogmas, las radientes y divinas luces, que no quiere conceder el Señor á los grandes, á los prudentes y sabios segun el mundo. Esto quiere decir, que la contemplacion de los misterios y de los preceptos representados en la Cruz debe tener el primer lugar en el curso de nuestras ocupaciones mentales. Esto quiere decir, que todos los fieles tienen obligacion de sellar con la Cruz todos los atributos y todas las producciones del talento y de la razón.

21. ¿Qué no podría decirnos, hermanos míos, si descendiendo á la región de los sentimientos mas íntimos, al asilo impenetrable donde se recogen las emociones mas vivas del corazón, intentara descubrir el tabernáculo que debéis levantar á este signo sagrado? Ah! poco tendré que añadir á lo que no ha mucho acabo de exponeros, y cuando sabéis muy bien, que un verdadero cristiano tiene siempre la Cruz en su corazón. "Estáis ya muertos, decía San Pablo, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios." ¡Sublime pensamiento, (Col. III, 3.) alta y profunda revelacion, que solo comprenden las almas verdaderamente consagradas á la Cruz! Pero ¿de qué manera hemos de llenar este deber? Primero, amando los padecimientos interiores; segundo, rehusándonos á los placeres delincentes; tercero, produciendo en nosotros sentimientos verdaderos de una conveniente abnegacion. En el curso de estas instrucciones catequísticas se me presentarán varias oportunidades para explicar mas estas ideas. Pasémos al orden exterior, que es el principal objeto de esta instruccion.

22. ¿Por qué nos signamos tantas veces? pregunta nuestro manual catecismo, y responde: porque en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos. Si en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos, visto es, hijos míos, que andamos la carrera de la vida en medio de una deshecha tempestad, y no hai para qué maravillarnos de que diga el apóstol San Pablo, que la existencia humana es una contienda no interrumpida, es un combate que no ha de acabar sino hasta el sepulcro, es una arena que nos recibe desde el nacer, para que ejercitemos en ella, como atletas de Jesucristo, las fuerzas de la naturaleza y de la gracia en la empeñada y peligrosa lucha con el demonio, con el mundo y con la carne: lucha empeñada, sí, porque no ha de ser coronado, dice el mismo Apóstol, sino el que haya sostenido bien los combates del Señor, no sentirá su rostro inundado con el esplendor de la gloria sino solo aquel que haya salido victorioso en la noble contienda. *Non coronabitur nisi legitime certaverit.* (II Tim. II, 5.)

23. ¿Qué hacer, pues, para conquistar ese bien supremo al través de tantos obstáculos? ¿cómo lisonjarse de la victoria en medio de tantos y tan enconados enemigos, y cuando el mas temible de todos ellos es nuestro propio corazón? ¿Cómo? con el uso constante de la Cruz. Apoderaos de la Santa Cruz, y todo es hecho: tomad esta égida, y seréis inexpugnables: presignaos continuamente en vuestros pensamientos, en

vuestras palabras y en vuestras obras, y la gloria será vuestra. Quien está bajo la proteccion de la Cruz, tiene á Dios de su parte. En este caso, hermanos míos, os preguntaré con San Pablo: "Si Dios está por nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? ¿Si Dios nos justifica, ¿quién habrá de condenarnos?" Tened presente de continuo que la Cruz y solo la Cruz contiene y encierra toda la luz, todas las armas, toda la fuerza, todo el poder necesario para que triunfemos de nuestros enemigos. ¿Porqué? por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.

24. Mas no porque os he hablado con tal estrechez de esta necesidad continua de la Cruz, debéis figuraros que os propongo un ejercicio no interrumpido. No: ¡ojalá pudiéramos estar siempre tributando nuestros homenajes á este sagrado Madero! ¡ojalá no pasara un instante solo sin que estuviésemos actualmente abrazados de la Cruz! pero en la vida humana todo se halla perfectamente combinado, así en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia, y si yo debo aplaudir la devocion en la escala de la vida mística, debo tambien ser muy discreto y sobrio cuando hablo del deber. Fijo en esta idea, me limito á indicaros la ocasion, el caso y las circunstancias en que debéis apelar á este recurso.

25. ¿Cuándo es bien usar de la señal de la Cruz? pregunta nuestro manual catecismo, y responde: siempre que comenzáremos alguna buena obra, ó nos viéremos en algun peligro, particularmente en sintiendo alguna tentacion ó mal pensamiento.

26. Esta respuesta de nuestro manual catecismo, hermanos míos, encierra grandes y profundas instrucciones. Si bien la meditáis, descubriréis en ella todo el secreto de la vida cristiana. Ya sabéis que en la Cruz está representado Jesucristo con todo su poder; que cubriéndonos en la Cruz, nos cubrimos con el mismo Jesucristo; que portando la Cruz, portamos al mismo Jesucristo; que caminando con la Cruz, caminamos con el mismo Jesucristo; que viviendo con la Cruz, vivimos con el mismo Jesucristo; y que muriendo en la Cruz, morimos en Jesucristo. El uso pues de esta sagrada señal, cuando se verifica en espíritu y en verdad, es el ejercicio práctico de nuestra fe en Jesucristo; y el ejercicio práctico de esta fe nunca dejará de ser en cada uno de los que viven en Jesucristo una señal infalible de esa especie de omnipotencia cristiana que conquista todos los bienes y aleja de sí todos los males.

27. ¿Qué se infiere de aquí? que haciendo cada uno de los que vivimos su carrera para el último fin por entre el bien que nos brinda con la felicidad y el mal que tiende á precipitarnos en la eterna desgracia, nada es tan conveniente y necesario como poner la Cruz de Jesucristo al frente de este bien y al frente de este mal: porque habéis de saber, hermanos míos, que á la vista de este Madero sagrado, descienden sobre nosotros para inundarnos todas las gracias que nos hacen santos y felices, y huyen medrosos hasta el abismo todos los enemigos de nuestra alma: enemigos terribles, pero impotentes contra la Cruz; enemigos tenaces, pero que desaparecen ante la Cruz: enemigos de que la Cruz nos libra perfectamente, por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella. He aquí por qué tenemos necesidad suma de la Cruz con tanta frecuencia, y muy principalmente debemos usar de ella: primero, siempre que comenzáremos alguna buena obra; segundo, cuando nos viéremos en algun peligro, principalmente

te cuando somos acometidos por las tentaciones, ó solicitados al mal por el pensamiento.

28. Pero qué, basta para conseguir unos bienes tan preciosos, para salir triunfantes de los mas terribles encuentros, hacer sobre nosotros la señal de la Cruz? ¡Ah hermanos míos! si así fuera, no sería tan rara la virtud ni tan comun el mal sobre la tierra! Apenas hai cristiano que no acostumbre signarse y santiguarse; y sin embargo, son pocos poquísimos los que pueden con su experiencia misma dar un testimonio al poder sublime de la Cruz. ¿De dónde proviene esta desgracia, hermanos míos! De que usando este sagrado signo, estamos de ordinario muy lejos del espíritu con que debemos hacerlo: ni tenemos la exactitud y eficacia debidas, ni ponemos la atencion correspondiente, ni ménos procuramos unimos con la Santa Iglesia y Jesucristo vida nuestra en la intencion con que se debe emplear este divino escudo por todos los cristianos; en suma, porque ó no procuramos adquirir las instrucciones que encierra; ó teniéndolas, apartamos el corazón de los sentimientos que inspira; ó aun poseídos algunas veces de tan elevados y dignos sentimientos, nos limitamos á ellos, esterilizándolos en nuestra conducta, por no llenar cumplidamente los deberes que nos impone el Evangelio respecto de la Cruz.

29. ¡Qué resta pues, hermanos míos! No resta ya, sino que atentos á todo con aquella empeñosa vigilancia que nos mandó tener Jesucristo Señor nuestro y nos predicaron los apóstoles, principalmente San Pablo, os apliquéis á comprender la Cruz, á amar la Cruz, á usar frecuente y dignamente de la Cruz, conservando las instrucciones que encierra, entrando en los sentimientos que inspira, y observando con inviolable fidelidad la conducta que propone. ¡Dichosos mil veces vosotros, si correspondiendo á la gracia que os invita, os previene, os ilustra y os conforta, encerráis en vuestra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz! Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande apóstol, que no quería saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: con los segundos sentiréis brutar en vuestro corazón esa fecundidad prodigiosa que derrama tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos, y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles combates, en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es de cir, católicos, que seréis sábios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

30. Sea así! llegue ese día perdurable, ese día siempre claro, ese día sin noche, en que recojáis el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.

## PRELIMINARES

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA,

## SEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA OBLIGACION QUE TENEMOS DE BUSCAR EL ULTIMO FIN PARA QUE FUIMOS CREADOS.

*Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus.*

Buscad primero el reino de Dios y su justicia.—Math. cap. VI, v. 33.

1. La idea de la creación, hijos míos, donde vemos en primer término á Dios, Ser necesario y eterno, y en segundo término al hombre creado á su imagen y semejanza, ser contingente, limitado, dependiente bajo todos respectos de su causa; el conocimiento de nuestra naturaleza espiritual, que tiende á la verdad suma y al bien infinito, que no pueden encontrarse en la tierra; todo esto nos manifiesta: primero, que el hombre ha sido creado para un fin; segundo, que este fin consiste en la posesion del mismo Dios; tercero, que hai medios necesarios y suficientes al mismo tiempo para alcanzarle; cuarto, que estos medios están cifrados todos en la union del hombre con Dios por medio de la fe que nos hace creer en su palabra, de la esperanza que nos hace confiar en sus promesas, y de la caridad que nos hace obedecer su divina Lei. Por esto nuestro manual catecismo sienta como la primera de nuestras obligaciones la que tenemos todos de buscar el último fin para que fuimos creados, fija este fin en la vista y goce eterno de Dios, mira en amarle y servirle durante nuestra vida mortal la condicion esencialísima para poseerlo y gozarle despues de la muerte; dice que á Dios se sirve con obras de fe, esperanza y caridad, y concluye de todo la necesidad suma de la doctrina que nos enseña á creer, esperar y pedir.

2. Tales son, amados hijos, los principales puntos que abraza el conocimiento de nuestro último fin, y que son propuestos por nuestro manual catecismo. Es mi ánimo tocarles todos en varias instrucciones, pues para comprenderles en una sola sería preciso darla una grande extension. Dedicó pues la presente á inculcaros la obligacion que todos tenemos de buscar ante todo el último fin para que fuimos creados: obligacion tan indispensable, que sin ella no podría comprenderse otra ninguna; pues ante todo debemos buscar el reino de Dios, que es nuestro último fin; y la justicia, con cuya práctica se alcanza, como lo inculca Nuestro Señor Jesucristo en las palabras de mi texto: *Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus.* Entremos pues en materia.

3. *¿A qué está obligado el hombre primeramente?* pregunta nuestro catecismo, y responde: *á buscar el último fin para que fué creado.* Hé aquí un concepto explicado en términos muy breves y precisos, pero de un sentido profundo y una comprension vasta, pues que abraza todo nuestro ser intelectual y moral, todo cuanto debe pensar y practicar el hombre, y el camino que debe seguir en todo el curso de su vida para lograr la bienaventuranza eterna. Esta pregunta y su respuesta tienen tal fuerza demostrativa en sí mismas y descansan en tan sólidos fundamentos, que ni aun los mismos filósofos impíos, ni los mas encarnizados enemigos de la fe pueden esquirlarla.

4. Todas las cosas tienen un fin. ¿Por qué? porque todas las cosas han sido hechas precisamente para algo, y este algo para que han sido hechas es lo que constituye su fin. Al tocar este punto, preciso nos es volver á la primera causa, pues que sin ella nada se comprende, y con ella todo se explica. Dirigid una mirada al rededor de vosotros: ¿qué veis? al hombre y el universo físico. ¿Qué descubris en todo el sistema de causacion del universo físico? causas físicas y efectos necesarios. Todos los cuerpos siguen aún las mismas leyes con que comenzaron á ser, los mismos movimientos; los astros giran sobre sus órbitas; los animales se reproducen, obedecen á sus instintos, se conservan y mueren; las plantas vegetan, cae la semilla en la tierra, brota la planta y sirve á su objeto. Pero si examináis una por una todas estas cosas, no encontraréis en ninguna pensamiento y libertad: estos son atributos exclusivamente del hombre, residen en su alma y son los únicos que nos dan la idea de un designio ó un fin en la produccion de las cosas. Síguense de aquí rectamente que solo en Dios está el designio de todas las cosas que existen fuera de nosotros: solo Dios que las ha creado las dió una naturaleza propia, y prescribió reglas fijas para que obrasen conforme á sus designios. El hombre recibió á su turno del mismo principio naturaleza y leyes; pero siendo un agente libre y no necesario, pues que fué dotado de libertad, él, usando ó abusando de sus facultades, se propone algun designio conforme ó contrario á su verdadera felicidad; pero siempre un designio. Como agente y agente libre, dispone de la materia bruta y de los mismos animales; transforma en objetos que su imaginacion dibuja y su inteligencia dispone las producciones de la tierra: somételas al arte y produce esa multitud de maravillas que nos encantan y admiran; hace que el arado le alimente, el telar le vista, la piedra y tierra le den un albergue para vivir á cubierto de las inclemencias del tiempo: baja de las montañas al animal alzado y feroz, para que viva en su casa y le sirva: construye aparatos para viajar por el cielo, seguir la carrera de los astros, estu-

diar sus leyes y predecir sus vicisitudes y movimientos. De esta suerte, amados hijos, el hombre, usufructuario del universo como plugó á Dios establecerle desde el principio, dispone de todo, y esto con el poder de su pensamiento.

5. Estas nociones sencillísimas bastan para comprender lo que se entiende por fin de las cosas, y la importancia y necesidad de este fin. Estudiad al hombre por lo que á cada uno de vosotros pasa, y pronto comprenderéis cómo nada existe sin una razon suficiente y un verdadero designio, y cómo esta razon explica los motivos y este designio el fin de las cosas. Ya os he dicho que consiste el fin en aquello para que las cosas han sido hechas, y que habiendo una relacion íntima entre el modo con que han sido hechas y el para qué han sido hechas, basta estudiar la naturaleza de las cosas, para tener una idea de su fin. Si pues aun tratándose del hombre, siempre obra con algun motivo, y siempre se propone algun fin en el obrar, ¿qué dirémos de Dios, infinitamente perfecto, bondad suma, altísima sabiduría? que dejaría de ser Dios, si obrase sin razon suficiente y sin un fin digno de su sabiduría y de su bondad.

6. Examinad uno por uno los muchos y diversos objetos que están á vuestra vista ó sirven de objeto á vuestro pensamiento, no hallaréis uno ciertamente que no tenga su fin. En los objetos mas materiales y comunes encontraréis esta misma verdad: "todo tiene un fin." Un granero sirve para encerrar la semilla, una casa para alojar á los hombres, una puerta para comunicar la casa con la calle ó unas piezas con otras, una llave para abrir y para cerrar, los alimentos para comer, &c., &c. Pasando de aquí á un órden mas elevado, y sea por ejemplo el de nuestra alma, veréis lo mismo en todas sus potencias: la memoria es para acordarnos de lo pasado, el entendimiento para entender y llegar al conocimiento de la verdad; la voluntad para querer ó no querer, y así todas las cosas. Si pues cada objeto tiene un fin, es claro clarísimo que lo primero que en él debe buscarse, como un requisito fundamental, es su capacidad para este fin, porque, si tal capacidad no tiene el objeto, no sirve. No compraréis una vasija quebrada, porque no sirve para contener el agua; un manjar dañado ó corrompido, porque no es bueno para comerse; un caballo sin pié ni mano, porque no es bueno para andar, y así respectivamente con todo. Esto, y la verdad obvia que en sí contiene, ha creado ese proloquio vulgar que todo el mundo comprende, y que no es en sustancia sino la enunciacion popular aunque genérica de la verdad que al presente os explico. ¿Cuál es este proloquio? Vedle aquí: "*Si para lo que eres no eres, ¿para qué eres?*" Hé aquí, amados hijos, un axioma ó principio evidente que gobierna el juicio de cualquiera en la calificacion que hace de las cosas: las ve, las examina, las compara con su fin, y si á él no corresponden, dice sin vacilar: "*esto es malo, esto no sirve, esto no puede interesar ni ocupar á nadie.*" El conocimiento del fin es tambien la base de las ciencias y de las artes. Un arquitecto que no sepa el uso propio de cada construccion ó edificio, no es arquitecto; un pintor que no sepa el uso de los colores y el objeto particular de cada figura, no es pintor; y así sucesivamente se puede ir discurriendo sobre todo.

7. Pero hai fines subalternos y fin último. ¿Cuáles son los primeros? aquellos que se encaminan á otro todavía. ¿Cuál es el último? aquel que cierra la cadena de los fines, y mas allá del cual no hai otro fin. El labrador que surca la tierra, se propone

por inmediato fin disponerla bien para la siembra; pero no se contenta con esto, pues bien dispuesta, deposita la semilla y emprende nuevos trabajos para que esta nazca, crezca y fructifique: ved aquí un segundo fin. Mas no se contenta con ver y contemplar la semilla en sus graneros; pues se sirve de ella, ó para otros giros que van formando nuevas cadenas de fines subalternos, ó para alimentarse él mismo. Pero el alimento y la conservacion del cuerpo no es lo que al hombre basta, porque el cuerpo sirve al alma, que es la parte mas noble de su ser. Contemplemos al alma con sus facultades: el entendimiento tiene un fin, que es el conocimiento de la verdad; pero este fin no es el último, pues que tiene despues de sí otro, y es regir la voluntad y dirigir la libertad en la práctica del bien, con el cual se realiza nuestra perfeccion intelectual y moral. Mas esta perfeccion, que consiste en el conocimiento de la verdad y práctica del bien, tampoco es el fin último, pues mas allá de ella existe la felicidad á que se dirige. La felicidad no puede estar en la tierra, porque en la tierra andan mezclados el placer con el dolor, están muy limitados los goces y sujetos á la lei de la muerte: luego la felicidad que puede tenerse en la vida tampoco es el fin último; y como despues de la vida no hai para una alma inmortal cosa capaz de llenar la inmensidad de sus aspiraciones fuera de Dios, resulta que Dios es el último fin.

8. Sin pretenderlo, ha anticipado, aunque de un modo muy general y por via de ejemplo, una idea que no es de aquí; pero no me pesa, pues esta nueva luz debe servirnos para percibir con mayor claridad la obligacion esencialísima que todos tenemos de buscar el último fin para que fuimos creados.

9. ¿Qué mas os diré para comprobar esta verdad importantísima? Si el hombre despues de todos los trabajos y vicisitudes de la vida concluye su carrera mortal sin conseguir á Dios que es su último fin, es el ser mas desgraciado que imaginarse pueda, porque una inmortalidad sin goces y con penas es el mas terrible mal que se pueda temer. Ahora bien: esta necesidad moral en que nos pone la eternidad feliz ó desgraciada con que Dios ha sancionado su lei, en cuya observancia consiste el mérito para ser eternamente feliz, nos estrecha, sin destruir nuestra libertad, á obrar consecuentes al designio y fin de nuestra creacion; y como esta necesidad moral que la lei nos impone de hacer ó de dejar de hacer alguna cosa por temor de sus castigos y esperanza de sus premios, es lo que constituye la *obligacion*, mayor y mas grande y mas estrecha es, en proporción que es mayor y mas grande el premio ó el castigo. Demos un paso mas. ¿Qué importa conseguir el último fin? *Ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.* ¿Qué importa no conseguir el último fin? No verle jamas, aborrecerle sin término y padecer un tormento infinito por toda la eternidad. ¡Y hai acaso, ni concebirse puede un premio mas glorioso, un castigo mas grande? No: luego si el premio y el castigo miden la fuerza de una obligacion y determinan su grado en la gerarquía de todas, ya comprenderéis la razon que ha tenido nuestro catecismo para dar el primer lugar entre todas á la de *buscar el último fin para que fuimos creados.*

10. Si á estas reflexiones quisiese añadir yo los argumentos que ministra la Santa Escritura y los Padres de la Iglesia, mucho tendría que decirlos y me vería por tanto en la necesidad de extenderme demasiado. Mas, para no dejar de tocar algo de lo mu-

cho que se ofrece, citaré un lugar del Antiguo Testamento, uno del Nuevo y un texto bien significativo del Padre San Gregorio.

11. Todo el Sagrado libro del Eclesiastés puede considerarse como una demostracion sublime de la verdad que os predico. Contiénesse aquí un resumen de todo lo que hai grande, delicioso y atractivo en la tierra, y todo se califica de vanidad, tormento y afliccion de espíritu: los trabajos de los hombres, las riquezas, los honores, los placeres, la dominacion, la magnificencia de los palacios; la hermosura de los prados, la belleza natural y artística de los jardines, la elevacion del ingenio, la sabiduría mundana; en fin, todo cuanto el hombre sobre la tierra desea, busca, solicita y procura con toda la accion de su pensamiento y con todos los impulsos de su corazon. Despues de haber hecho este resumen de todas las cosas humanas, para calificar de vanidad hasta los pensamientos del hombre, pone fin á sus discursos con esta sentencia sublime: *Teme á Dios y guarda sus preceptos, por que esto es todo el hombre.* Luego lo único que debe retraernos en el curso de la vida es el incurrir en el desagrado de Dios; y lo único que debe ocuparnos es el guardar sus preceptos: *Deum time, et mandata ejus observa.* ¡Y por qué así, hermanos míos! porque esto es todo el hombre: *hoc est enim omnis homo.* ¿Qué quiere decir esta palabra? Que en esto está cifrado el objeto y fin de la existencia humana, que aquí es donde se alcanza y consigne aquello sin lo cual todo es perdido; es decir: que la sentencia del Eclesiastés viene sustancialmente á probar que la primera obligacion del hombre consiste, como dice nuestro catecismo, en *buscar el último fin para que fué creado.*

12. Vengamos al Santo Evangelio. Todas las lecciones de Jesucristo á sus discípulos en los versículos 19 y siguientes del capítulo VII de San Mateo, vienen á terminar en una sentencia que puede ser vista como el resumen de todas sus instrucciones. No quiere que se amontonen tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla les consumen, los ladrones les desentierran y roban, sino en el cielo donde no hai ninguno de estos peligros; predica un desprendimiento absoluto de todas las cosas terrenas, y para prevenir las vanas excusas de aquellos que apelan á la necesidad de la subsistencia para coonestar su perdurable afan de amontonar tesoros, pone á la vista esa Providencia que de nadie se olvida, y arguye irresistiblemente con el ejemplo de las aves del cielo, que viven de la Providencia y visten con tal hermosura, como no se vistió jamas ni el mismo Salomon en toda su gloria. ¿Cómo se olvidaría del hombre, su creatura predilecta, quien así cuida de las yerbas de los campos, de las bestias de la tierra y de las aves del cielo? *Buscad pues, primero, les dice, el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura.* ¿En qué consiste el reino de Dios? Durante la vida, en la union del hombre con Su Magestad mediante la gracia en que permanece quien obra la justicia; y despues de la vida, en su vista, goce y posesion eterna. Siendo pues esto lo que constituye nuestro último fin, se infiere rectamente de la sentencia de Nuestro Señor Jesucristo que la primera obligacion que todos tenemos en esta vida, consiste, como he dicho y repito, en buscar el último fin para que fuimos creados.

13. ¡Será extraño, amados hijos, que los Padres de la Iglesia, estos intérpretes inspirados de la Santa Escritura, estos maestros prácticos de la vida cristiana se hayan



empeñado siempre tanto en persuadirnos esta misma obligación, inclinando nuestra voluntad con el hermoso cuadro de los gozos que se preparan á los justos? "Si consideramos, dice San Gregorio, cuáles y cuán grandes son las cosas que nos están prometidas en los cielos, aparecen vilísimas al alma todas las cosas que se poseen en la tierra. La sustancia terrena, lejos de ser un socorro, parece mas bien un gravoso peso, comparado con la dicha suprema: la vida del tiempo es muerte y no vida, comparada con la de la eternidad. ¿Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendimiento que sea parte á comprender toda la grandeza de los gozos de aquella ciudad celestial? ¿Cómo describir lo que será mezclarse entre los coros de los ángeles, asistir con los espíritus bienaventurados á la gloria del Creador, estar mirando frente á frente el rostro del Dios vivo, dilatar la vista por aquella Luz que baña los horizontes infinitos, no afectarse jamas por el temor de la muerte, y poseer el don de incorruptibilidad sempiterna? ¡Ah! el alma se enardece con solo escuchar estas cosas, y se siente poseída de los inflamados deseos de asistir allí donde espera gozar sin fin." Tal es, amados hijos, la recompensa prometida por Dios al dichoso que le busca en la tierra como fin último, sometándole su entendimiento, voluntad y libertad y ajustando su conducta en todo y por todo á su divina lei. Si pues, como no ha mucho decía, la grandeza del premio mide el tamaño y calcula la fuerza de una obligación, la que tenemos de buscar ante todo el último fin, es la primera en el orden, la mas fuerte en la intensidad y la mas plena en su comprensión.

14. Basta hijos míos; no era necesario tanto, para que vosotros todos, que en clase de cristianos poseéis los inapreciables dones de la fe, la esperanza y la caridad y sois del número de aquellos á quienes fué dado conocer claramente el reino de Dios por la predicación del Evangelio, os persuadáis íntimamente de la suma importancia y fuerza de esta obligación fundamental que nos liga estrechamente á todos á buscar el último fin para que fuimos creados. Las simples luces de la razon natural, el sentido común, la voz de los sabios, el ejemplo de los santos y los mismos instintos de la naturaleza lo persuaden. Desprendeos pues, os diré aquí, sobre testimonios tan autorizados, de todo cuanto puede apartaros á vosotros de este fin, pues que todo lo que no es Dios, viene á ser en sustancia vanidad, tormento y afición de espíritu: "buscad ante todo el reino de Dios y su justicia," como dice Jesucristo, y cuando los trabajos, penalidades y aficciones de la vida, el ímpetu feroz de las tentaciones, la rabia de los enemigos de vuestra alma, todos los tormentos, dolores y tribulaciones os asalten y quieran abatir, considerad que la vida pasa en un instante, y clavad los ojos en aquella patria feliz, donde no hai dolor que punza, ni zozobras que agiten, ni penas que atormenten, ni lágrimas que corran; donde todo es gozo, todo paz, todo dicha, y dicha sin mezcla, y dicha sin límites y dicha inmortal y eterna.

## PRELIMINARES

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE DIOS, CONSIDERADO COMO EL PRIMER PRINCIPIO Y AL MISMO TIEMPO EL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

*Ego sum alpha et om. principium et finis, dicit Dominus.*

Yo soi el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor.

Apoc. cap. I, v. 8.

## CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

1. NUESTRO manual catecismo, despues de la pregunta y respuesta que sirvió de objeto á la instruccion precedente, es decir, despues de manifestar que la primera obligación del hombre consiste nada ménos que en buscar el último fin para que fué creado, hace una segunda pregunta, y da la correspondiente respuesta con el objeto de hacer progresar naturalmente las ideas, proponiendo lo que debe seguir despues de sabida la importancia de aquella primera obligación. *¿Para que fin fué creado el hombre?* pregunta, y responde: *para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.* Esta pregunta, que al parecer debía limitarse á solo su segunda parte, que es propiamente lo que se llama último fin, el cual no puede alcanzarse sino en la otra vida, comprende tambien la carrera mortal de la humanidad, extendiendo á ella la idea del último fin. Sin embargo, el amar y servir á Dios en esta vida es poner en práctica los medios que infaliblemente conducen á su vista, goce y posesion eterna; y como estos medios son el blanco de la existencia humana, los requisitos de nuestra perfeccion moral y una señal infalible de nuestra union con Dios, pueden figurar tambien como un fin en toda la extension de la palabra. En efecto, si tan dependiente se halla una cosa de otra, que sin amar y servir á Dios en esta vida, no se le ha de ver